

Error de imprenta

Cuando aquella vieja prensa de vino movió las letras que Gutemberg había moldeado, todo parecía indicar que el mecanismo era perfecto, la impresión posible. La Historia sería reescrita para siempre y el saber se extendería de un modo definitivo e ilimitado. Aquel invento presagiaba una Humanidad nueva, sabia, culta.

Sin embargo, por simples, calculados y medidos que fuesen los mecanismos que permitían la copia industrial de las palabras (primero divinas, después humanas), nada escapa al caprichoso gobierno del caos. Puede que en el hierro candente de una letra (la A, o quizás la Z) una burbuja quedase oculta, o que aquella inclinación ligeramente forzada de la mano del artesano dejase una cicatriz imborrable en el metal, que algún día traería nefastas consecuencias.

Lo más terrible, es que ocurrió: esa ridícula variación en las condiciones iniciales, oculta a los ojos del inventor y de todos los que después hemos leído, haría por manifestarse de un modo destructivo y, desafortunadamente, con carácter retroactivo. Ocurrió siglos después, en una universidad, en todas las universidades, que son la Universidad, el todo. Se lo cuento porque lo viví, en Madrid, en la Ciudad Universitaria, una mañana que -luego comprendimos- supondría nuestro despertar a una edad triste y forzosamente inculta.

Recuerdo llegar a la facultad, bajar atropelladamente los escalones, entrar en la biblioteca, y encontrar, entre todos, ese libro sobre mecánica clásica que se nos había recomendado. Al coger el viejo tomo y abrir por una página cualquiera, no fue el azar sino el caos el que gobernó tan desafortunada acción: la burbuja de la letra de la imprenta de Gutemberg produjo el huracán que una mariposa puede provocar con su suave batir de alas y, en lugar del contenido esperado, fueron mis ojos, los ojos del Hombre, de todos los hombres y mujeres, los que en aquel momento no vimos nada, vimos la Nada.

Ese libro estaba en blanco, como el ejemplar de al lado y los siguientes. Cualquiera de aquella biblioteca, de cualquier biblioteca, quedó vacío para siempre. Sobrecogidos, empezábamos a entender que todo se debía a un trágico, caótico y universal error de imprenta. El saber quedaba relegado a la memoria, que todo lo distorsiona, y a los manuscritos perdidos de la otra gran Biblioteca.

PS. Si puede leer esto, no tema, el día aún no ha llegado (tenga en cuenta que cuando todo ocurra la impresión de esta crónica también será imposible).